

Chistes morrocotudos baturros



—Tío Perico, déjeme que suene en esa piedra este bille le del Banco.

—Pero maño, ¿qué vas a hacer? ¿Cómo quiés que suene eso?

—Claro que sí.

—¡Otra! ¿Pero no es esa piedra pa sonar las monedas?

—Claro que sí.

—Pus entonces, esto sonará. ¿No ve usté que es papel moneda?

10 CENTS.



Chascarrillos y Chistes Baturros

EN EL EBRO

—Muchacho, ¿por qué sales del agua si apenas has emprenpau a bañate?

—¿No ve usté que escomienza a llover y tengo miedo a la humedá?

LA VENGADORA

—Ridiez con la mulica! No llevas una vez a mi sue-

gra que no la batas y la escantilles los morros! Bien se ve que eres un animalico fiel pa mí, porque sabes castigar a mis enemigos.

DIALOGO

—Mire usted si seré yo distraído que una vez me quitaron la levita, sin notarlo.

—Pus a mí m'ha pasao más. En Belchite perdí los calzones y las medias y tampoco lo noté.

—Eso no puede ser.

—¿Cómo que no, si me los dejé olvidaos en las alforjas, dentro e la taberna?

UN MOZO LISTO

Colandrea, el famoso inspector de policia de Zaragoza, estando esperando en cierta ocasión al gobernador en su despacho, observó que un hombre pretendía en vano cargar con un sofá magnífico de aquella estancia.

—No podré llevarlo yo solico, ¡rediez!—clamaba. Si

siquiera me ayudasen a cargarme y me lo sostuvieran hasta la puerta... Si yo hubiá sabido que pesaba tanto ¡jolin! vengo con otri.

—No se apure V., buen hombre,—dijo Colandrea,—ya le ayudaré yo.

Dios le premie a usted la güena obra.

Y en efecto, le ayudó a cargar y aun le sostuvo el sofá hasta la puerta de la calle.

En aquel momento llovía bastante y el mozo hizo mil aspavientos, pretendiendo que se estropearía el mueble con el agua.

—Espere V. que pase el aguacero—dijo Colandrea.

—Sí, sí, pa esperarme estoy. Bonito genio tié el señor gobernador. Todo lo quiere a escape. Si me ve es capaz de cualquiá cosa. Hombre, si me dejase usted la capa pa cubrir el sofá ...Es cuestión de poco rato.

Seguramente Colandrea creyó hacer con ello un favor a la primera autoridad de la provincia, y accedió.

Extendió la capa sobre el mueble y recomendó al mozo que se la trajese pronto, porque hacía un frío tremendo.

Con lo cual, tranquilamente volvió al despacho del gobernador, quien compareció a poco, y mirando al inspector con extrañeza le preguntó:

—¿Es verdad, Colandrea, que se ha vuelto V. loco?

—No entiendo lo que dice V. E.

—Yo sí que no entiendo el acto de usted.

—¿Pero qué he hecho yo?

—Me han dicho que, dando el nombre de V., mientras V me esperaba, un dependiente suyo, ayudado por V., se me ha llevado el sofá. ¿Para qué quiere mi sofá?

—¿Para qué he de quererlo, señor? Para guardar mi capa, ¡recontra!

* * *

A Colandrea le habían robado la capa y al gobernador el sofá.

AL PIE DE LA LETRA

—¡Mia que son embusteros los periodicos! ¿T'alcuerdas que hace un año se escantilló los morros la mujer de nuestro deputao y se jué al otro mundo?

—Sí, que m'alcuerdo.

—¿T'alcuerdas tamién que dijo entonces un papel que el deputao era un cuerpo sin alma?

—Pus mia tú que tamién m'alcuerdo.

—Aticuenta que ahura dice el mesmo papel que nuestro deputao ha rendido el alma a Dios, y se había quedao sin ella cuando murió su mujer. Conque ya ves si mienten los papelicos.

UNO POR OTRO

—¡Quítese de ahí! ¡Insolente! ¡Atrevido!

Una señora nota que un chiquillo se apodera del pañuelo de su bolsillo, en un pasco de Zaragoza.

Detiénele y le dice:

—¡Ah, pillastre! ¿Conque tan pequeñico y ya eres ladrón?

—No sioñra, no soy ladrón.

—¿Pues y lo que estabas haciendo?

—Es que el ladrón es mi padre. Pero el probecico está hoy borracho, y como no pué salir a la calle he-tuvio que salir yo por él a trebajar.

REQUIEBRO

Recostado en una esquina, tomando el sol y dando chupadas a una colilla, está el tío Monifacio, requiebrando a cuantas mujeres transitan ante él.

Pasa una airosa maodistilla. Encandílanse al hombre los ojos y murmura:

—¡Ay, que piececito!... ¡Hermosa! Qué piececito...

—Déjeme usted acabar, y no se enfade. ¡Qué piececico e vaca que tié usted, señorita!

¡ VIVA EL RUMBO!

—Anselma,—pregunta la señora Jenerosa a la criada,—¿qué prefiere V. que le regale por Pascuas, una escoba nueva o una lavativa usada?

PARROQUIANO QUE VUELVE

—¡ A perra gorda!—gritaba un feriante que vendía objetos de escaso valor y entre los cuales había colocado, un paquetillo de cigarros de cuarenta céntimos, del que apenas faltarían tres o cuatro que el modesto comercian había consumido.

—Oigo, buen hombre, ¿todo lo que tiene ahí es a perra gorda?—preguntó un baturro.

—Todo, a elegir.

Sacó de la faja una moneda de diez céntimos y dándosela al dueño del puesto cogió el paquete de los cigarrillos, sin que de ello se apercibiera para atender al mis-

mo tiempo a otros fumadores, hasta que sintiendo deseos de fumar, notó su falta, ignorando la causa de su desaparición.

Al día siguiente, en ocasión que el feriante aún no había empezado otro nuevo paquete comprado momentos antes y colocado en el sitio de costumbre, apareció el forastero del día anterior, acompañado de unos, tomó de nuevo los cigarros y dijo al propio tiempo:

—El paquetico de ayer estaba escomenzao; ya les dará usted un paquetico entero a cada uno de éstos.

—¡Hola, hola! ¡Ya pareció aquello! ¿Con que usted fué el que se llevó los cigarros? ¿Y qué tal, era buen tabaco?

—Sí, señor, muy suavico.

—¿Y me trae usted más parroquianos? ¿De manera que ayer resulté primo suyo, y hoy quie emparentarme con todos estos? Es usted muy listo. ¿Y cuándo celebran la fiesta en su pueblo, por si me ocurre ir a la feria?

—Pa San Sebastián.

—Ahora me explico que el pobre señor no lleve ni aun camisa.

POR ESO Y POR LO OTRO

—¡Estoy más incomodao! Esta mañana hi ido a ver al tío Cerrajas y porque le quería dar cinco duros m'ha

dao un empentón que m'ha hecho esvarizar las escalas.

—Chiquio, si paice mentira... ¿Y por eso?

—Por eso y porque le tenía que haber dao una onza.

AL HOMBRE POR LA PALABRA

Ya verá usted como, siguiendo mi plan, cuando lleguemos al campo están rematando los piones y nos habremos ahorrau algunos jornales.

—Ya sé yo que tú manejas bien la hacienda y que si ni fuá por ese maldito vicio del vino, serías un gran yerno.

—¡Rediez tamién usted sería una suegra regularcica si no fuá tan machacona! ¿No l'hi dicho que ya mi hi confesau y l'hi dau palabra al señor cura de no probalo?

—¿Y cómo va a hacerse ese milagro?

—Mu fácil. No llevando un céntimo en el bolsillo. Ya sabe usted que yo no soy capaz de tomar nada fiau, y que no me gusta el vino si no es en la taberna.

—¡Cuánto mi alegre de que Dios te haiga tocau el corazó!

—¡Rediez cómo ha crecido el río!

—Ya me lo pensaba yo; debías haber traído la yegua.

—¿Pa qué? Monte usted encima mí; todo es cuestión de que yo me moje las alpargatas.

—¿Qué ruidicico es ese que se siente; lleva usted cascabeles?

—Quiá, hombre; unas perricas que llevo en el bolsillo.

—¡Rediez! ¿Perricas?

—¡Vaya un compromiso! Agüela, lo siento mucho, pero en concencia yo no puedo hacer otra cosa. Ya sebe usted q'hi dau mi palabra de no llevar dineros encima, y no tengo más remedio que tirarla al río.

EL EXPRES DE LA SIERRA

Allá va, avanzando camino.

No esperéis hallar en él confortables salones alumbrados con potentes focos eléctricos, ni esa serie de comodidades con que las grandes empresas ferroviarias dotan a sus convoyes. El *diner* y el *eleepin-car* no los hallarán vuestros ojos, pero quien para ello tenga ánimo podrá comer y dormir en este expreso, falto de *confort* es verdad, pero, en cambio, sin miedo a un descarrilamiento.

El *exprés* de la Sierra asciende a altísimas simas, cruza horrorosos barrancos, atraviesa sinuosidades, sendas, veredas estrechísimas, precipicios que producen vértigo... a dos kilómetros por hora.

¿No es mucho? Qué se le va hacer... Nuestros bi-

sabuelos y los bisabuelos de ellos recorrieron del mismo modo exacta distancia en idéntica cantidad de tiempo, y nunca se quejaron. ¿Por qué hemos de ser nosotros menos sufridos que ellos? Puede que nuestros biznietos atraviesen más rápidamente aquellos territorios, pero, por las trazas, no es de esperar.

¡Ah, exprés de la Sierra, pacífico, sufrido, tranquilo, cuántos beneficios reportas a la humanidad desde el principio del mundo!

El exprés de la sierra es... el borrico.

BAJADA FACIL

—¿Qué piso es el que se alquila?

—El segundo.

—¿Es buena la escalera?

—¡Anda! Ya lo creo. Subiéndola con tiento es una escalera mu maja, toa ella de madera; si no juá por los aujeros, paicería nueva.

—¿La casa es clara?

—No entiendo yo de claras ni de yemas. ¿Qué es lo que quíe usted icir con eso?

—¿Qué si tiene bastante luz?

—De noches, sí; en cuanto se enciende.

—¿El precio?

—Como valer vale doscientos duras por tanda, pero

el propietario la dejará en ciento ochenta, por ser pa usted.

—¿Es que el propietario no me conoce?

—¡Buena es esa! ¿Y qué me sé yo?

—Como dice que a mí me costará menos...

—Porque en la cara lleva usted que es un buen señor, y a mí m'hace gozo que haiga en la vecindá gente de bien.

—Muchas gracias.

—No hay de qué dalas.

—De todos modos, el piso es muy caro. Yo no puedo pagar tanto por él.

—Hombre, haga un esfuerzo. Musté que es mu majo, y se pierde usted una alhajica. Quíteselo de tomar café, u de fumar, u de alguna otra cosa. Porque ustedes los del señorío, tienen güen recau de vicios, y si quisieran, podrían ahorrar una miaja.

—Está usted hablando mucho de lo que no debe.

—Ya se ve que sí, señorito. Pero pa eso es una portera.

—Vaya, decididamente; ¿el último precio?

—El último... ciento cincuenta.

—Pues no me conviene. Aun así me parece mucho.

—Eso según se mire.

—¿Ya no hay más rebaja?

—Ahura sí que le diré lo último: ciento treinta duros.

—No lo quiero.

—No lo deje, señor, que le pesará.

—Más de cien duros no quiero gastar.

—Poquico es, pero... en fin, vaya a ver al casero y pué que se lo dé.

—¿Pues no decía usted antes que valía tanto?

—Ya se ve que lo icía; y sigo dijiéndole. Pero me pa a mí que, por los cien duros que quíe dar, lo conseguirá.

—Pues rebajando con tanta facilidad, no le ofreceré más que ochenta.

—Tamién pué ser.

—O cincenta.

—Dígaselo. Será fácil que se entiendan.

—¿Pero por qué lo cree usted así?

—Pus miusté, señorito, porque como en los veinte años que llevo en la casa, de portera, himos tuvido la mala suerte de no cobrar enjamás ni un rial de los inquilinos del segundo, por poco que le dé usté al amo l'habrá dau más de lo que l'han dau en tanto tiempo por el piso.

EL CEBO

Tres chicos pequeños van a cazar gorriones a la orilla del Huerva, y discuten sobre el cebo que han de colocar.

—Yo pondría liga—dice el uno.

—Yo unas medollicas de pan—otro.

—No cojerís pájáros con esas cosas, maños. Son mu listos.

—¿Pus qué pondrías tú, charrador?

—Una pieza de cinco céntimos, pa que comprasen ellos lo que quisieran.

CADA CUAL VISTE COMO QUIERE

—¡Muchacho! ¿Pero quién había e conocrte? ¿Pa qué te isfrazas, si no es el tiempo de vestise de mascari-ca? ¿U es que t'has metido a ladrón y quiés paicer otri, pa tus negociós, u t'has hecho comediante?

—¡Ridiez, cuánta preguntica! ¿Aun no podrá uno dir vestido...

—Vestido sí, pero como corresponde.

—Es que los que semos mu pobrecicos y no podemos mandanos hacer los vestidos a nuestro gusto, cuasi que no mus cal sino vestinos como se presente.

—¿Y de qué vas, si pué sabese?

—Me pa a mí que de chulo.

—¡Ja! ¡ja! De chulo un matraco...

—¡Pus señor, bien! Si sólo vendían baraticos dos trajes, este y uno de bailarina... Y, la verdá, me ha paicido este más propio que el otro. Pero si crees tú que voy a andar en dijendas, aun estoy a tiempo pa cambealo.

CORRESPONDENCIA AMOROSA

CARTA DE ENFADO

Loborio:

Estoy mu' enfadá con tú, por muchas razones.

¿Te paece si es cosa soportable el no saber de tú donde que te juiste a Zaragoza, ya va pa ocho días cabales?

¿Es qué t'has olvidao de yo porque has encontrao alguna señoritinga de esas que les güele la ropa, que se perfuman pa que se las comprenda de lejos?

¿Es que has encontrao alguna vieja con dineros y t'ha sorbió el seso prometiéndote una vida regalá como crees que no tendrías en el pueblo?

¿Es que t'ha sucedió alguna desgracia y t'has muerto sin tener tiempo pa decir na?

Si es asín, escribe cuatro letras, pues de lo contrario mearás creer la primero que te digo viendo que no dices na.

Esperando pronta contestación queda con viva ansiedad.

Tomasa

P. D.—Aquí te digo otra vez, too lo que ya te he dicho.

Vale.

CONTESTANDO A LA ANTERIOR

Tomasa de mi alma:

No sabes tú lomucho que m'has ofendido con las ofensas de tu carta.

¡Qué m'ha desencaminao una mujer olorosa!

¡Que m'ha conquistao una vieja con dineros!

¡Qué m'he muerto sin decírtelo!

No lo creas.

Nada de eso.

¿Cómo quieres que m'olvide yo de tú, que siempre has sido, eres y serás la única mocica en el mundo que m'ha hecho tilín tilín en el corazón de dentro mi cuerpo, que es tuyo y retuyo hasta las cachas.

¿Qué han pasao días sin escribirte?

En eso llevas razón.

Pero es que los días se pasan sin sentir cómo pasan.

Afortunadamente ya he rematado los qu'haceres que en Zaragoza me retenían, y en el mismo correo que te envío ésta tamién salgo pa decirte de palabra que la recibirás en cuanto el cartero las reparta, que siempre tarda algo más que los pasajeros.

Confiando verte en la estación a mi llegada, se repite
tuyo tuyo, tu

Liborio Orejón

P. D.—No le pongo *post-data* por no perder el co-
rreo.

Administración: Granada, 4.—BARCELONA

Sal - a

200'

T. 828560

F. 267A.F-184

R. 139439

CB. 3620993

Administración: Granada, 4. — Barcelona